

consumiendo vacaciones

nos del doctor Castilla del Pino, en una «sobre-represión» determinada por el binomio «erotización» + «represión»). En todo caso, el domingo es el día dedicado a las pequeñas libertades vitales. Jóvenes y adultos dan escape a una dosis controlada (naturalmente) de instintos primarios. Y gran parte de esta acción catártica dominical se lleva a efecto mediante la producción sistemática de ruido. El español, que parece ser uno de los pocos seres de la creación absolutamente inmunizado contra sonidos estridentes, ha llegado, gracias a la posesión del transistor portátil, a rozar límites sonoros automáticamente insoportables: la audición simultánea y a pleno volumen de siete programas radiofónicos distintos es algo digno de ser incluido en un catálogo de torturas orientales. Si añadimos a este fenómeno insoslayable la proverbial habilidad del ciudadano español para alcanzar con el mero empleo de sus cuerdas vocales un considerable nivel de decibelios, tendremos derecho a pensar que el paisaje dominical de la estación de Atocha es esencialmente escandaloso. Los gritos arrecian ferozmen-

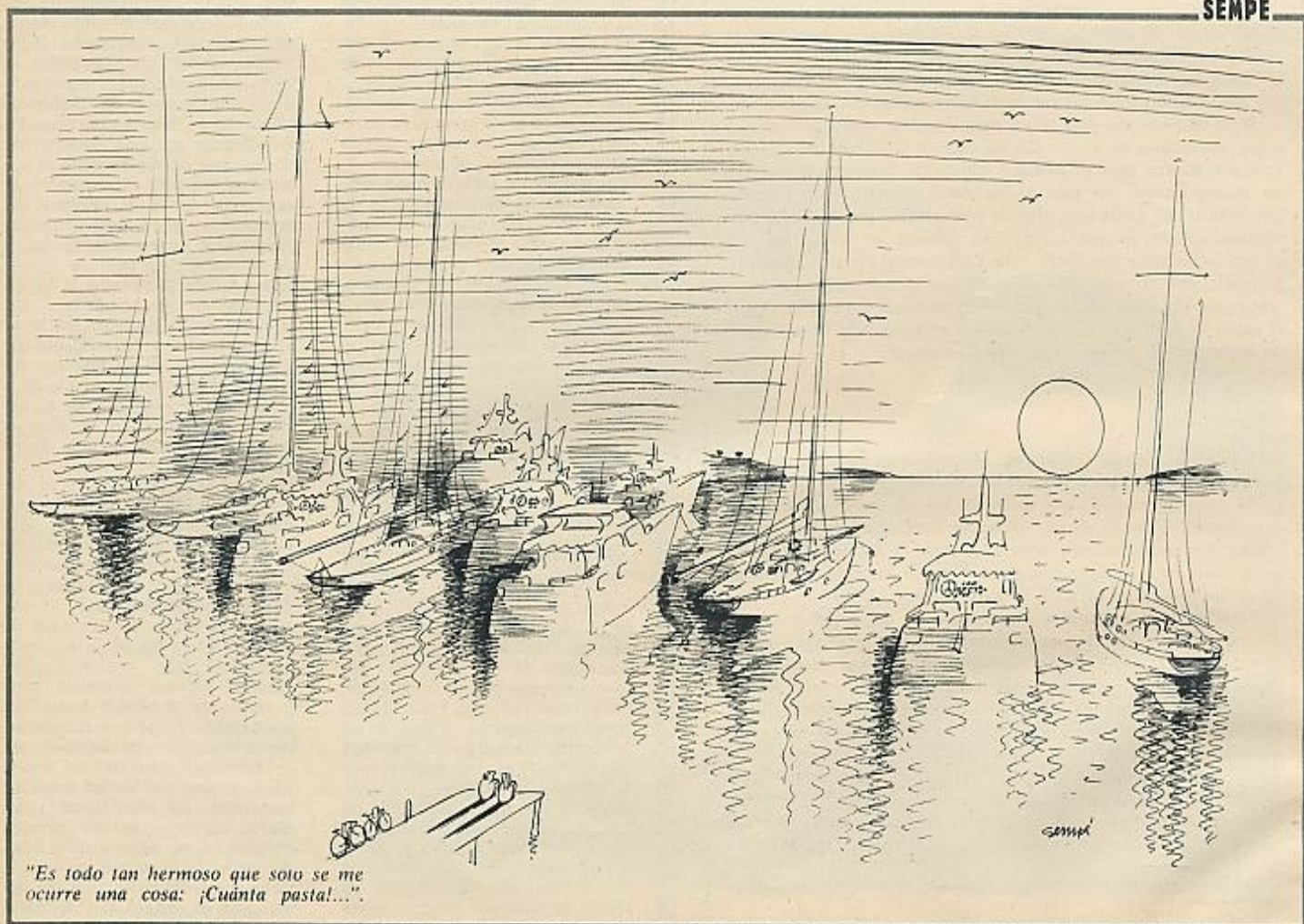
te durante la laboriosa invasión de los convoyes. Al abrirse las puertas de los vagones, una oleada de carne humana, mochilas, toallas, bolsas, barras de pan, botellas de gaseosa, sombreros veraniegos, transistores, niños de pecho, etcétera, se desploma materialmente sobre los flancos del tren. Algunos intrépidos viajeros utilizan las ventanas como vías de acceso (he visto, sobresaliendo por encima de la atroz marejada, las piernas peludas de un «boy-scout», un par de guitarras, el bastón de un anciano y los muslos escuálidos de una adolescente aquejada de alegre histerismo). Ciertos tipos despabilados y agresivos consiguen, merced a esfuerzos físicos y dialécticos, reservar una raquítica fracción de asiento a otros excursionistas rezagados. En pocos instantes el tren queda totalmente lleno. En esos momentos de dificultosa convivencia uno comprende que el tópico de las sardinas en lata es algo más que un simple recurso anfibológico. Al ponerse el tren en marcha aumenta notablemente el griterío. Este fenómeno acústico (carente,

por supuesto, de efectiva agresividad) se repite, a lo largo del trayecto, en cada parada. En Las Rozas, al hacer su gozosa irrupción una nueva invasión de excursionistas, la barahunda es inenarrable. A pesar de todo, el viaje continúa. Algunos grupos juveniles se dedican al canto (a dos metros de mi oreja izquierda, siete u ocho impúberes interpretan con verdadero ensañamiento una canción de Luis Aguilé: «Porque el amor no es un invento... es algo que está en el pensamiento...»). Una muchacha granujienta, cuyo acompañante dormita sobre su hombro, lee con fruición una fotonovela de Corín Tellado. A estribor de mi estómago, tres jóvenes parejas juegan a la «mona»: el jugador que pierde recibe una afectuosa paliza de sus compañeros de partida, ya que cada naipe que va saliendo del mazo origina una forma de agresión y su correlativa frase ritual: «El siete, cachete», «El cinco, pellizco», «El tres, un revés»... La aparición del rey es recibida con inmenso gozo, pues da lugar a una soberana zurra propinada al compás de una

deliciosa canción, cuyo texto —¡perdón!— no me resisto a transcribir:

**El rey Fernando
vino a España
tirando pedos
por una caña...**

En Torrelodones, el vagón desaloja gran parte de su fragoroso contenido. Algunos viajeros afortunados consiguen ocupar un asiento. Un anciano de porte venerable comenta: «¡Menos mal que ya se han ido esos canibales!...». Los supuestos canibales —inofensivos jugadores de «mona», lectores devotos de Corín Tellado, intérpretes alevosos de «canciones de verano», mocitos besuqueantes y mocitas besuqueadas— se han desparramado pacíficamente por las riberas del arroyo de Trofa. Desde el tren se divisan tribus de bañistas madrugadores. Al mediodía, cuando el termómetro se ponga insoportable, el pobre arroyo subirá de nivel a causa de una jubilosa y masiva demostración práctica del principio de Arquímedes. Al llegar la noche, las orillas del riachuelo tendrán ese aire sucio y patético de los campos de batalla después del combate.



"Es todo tan hermoso que solo se me ocurre una cosa: ¡Cuánta pasta!..."